

Adiós, Tía



Por René Vergara

Domingo Berindoague Ramírez fue el primer asesino que conocí, con él enrisqué en el crimen... Todavía, y ya han pasado tres decenios, sigo entre peñascos y cascotes rojos, entre crímenes y epitafios que escriben la soledad y el miedo y que describen la realidad y la angustia. Probablemente ya no abandone esta fosa, este podrido osario blanqueado por el sol...

Después de "conocer" su delito no volví a verle ni a saber de él. Policías y jueces son "olvidadizos" por estructura represiva, por "función" sin fin: enmarcan los hechos criminales entre denuncia,

pesquisa y sentencia. Todo lo otro anterior y posterior al crimen, que es lo esencial, pareciera no existir...

Berindoague era un homicida "tipo", así se dice en Criminología. Lo sé hoy, después de haber tratado directamente, aquí o allá, a miles de criminales; después de haber aprendido una espesa y larga fraseología inútil. Su "motivación" la llevaba a "flor de piel". A Mercedes Pinto la mató por vieja, por fea, por cansancio sexual, porque estaba ebrio, por ...matarla. Entre Domingo y una pantera asesina la diferencia sería favorable a la fiera. Estas frases son comunes, lo sé. Igualmente podría escribir: mató por desambientación, por exceso de mortido, por exacerbación de la libido, por "herencia perversa", y por desajustes psico-fisiológicos, por regresión alcohólica... y tampoco diría mucho. Uno y otro grupo de frases rebotan , como siempre, en el sólido muro de la desconocida verdad. Las usamos según "cultura", experiencia o vanidad; porque existe la necesidad de comunicarnos lo que sucede en una realidad fenomenológica grave, intocada, desconocida y siempre desafiante.

Es posible que un mejor conocer, un observar a fondo y desde los distintos niveles de la inteligencia humana, nos lleve, alguna vez, a impedir que otros Domingos sigan floreciendo como la rosa roja de la sífilis y dejen de ser plagas afiebrantes...

El gatito miró a su hermano, apoyó las patas sobre el suelo, recogió su cuerpo y saltó sobre la verdiblanca y floreada cretona que

servía de cortina. Las garras de las manos del pequeño felino penetraron el tejido y su cuerpo quedó suspendido, balanceándose desde la altura del más bajo ramo de flores pintadas y descoloridas. Su negro pelaje contrastaba. Maulló levemente y empezó a desesperarse al no alcanzar apoyo para zafarse. Movía inútilmente sus patitas. La cortina, reseca por el sol y el tiempo, estirada, crujió. El gatito "Pintado" se colocó debajo de las colgantes patas de su hermano y éste logró libertarse. Juntos abandonaron, jugando la habitación y salieron al patio. "Pintado", muestra de "tigrito", se detuvo en un pocito de líquido rojo y empezó a lamerlo. Era un líquido viscoso, tibio. La fuente del líquido era un cadáver femenino que portaban dos policías.

- ¡Yaaa!

El dueño de la áspera voz movió, además, un pie. Los gatitos se asustaron...

Un niño, de unos diez años, pasó, como un demonio veloz por entre los policías. Levantó a sus dos gatitos y se fue con ellos, sin perder velocidad, a semi esconderse detrás del único árbol que había en ese gran patio común del conventillo: un níspero viejo y gris, bajo y desgajado.

En la puerta de la pieza once, de donde habían sacado el cadáver, un hombre joven tenía una bacinica blanca, de hierro enlozado, en sus manos y la espolvoreaba con "negro de humo" -reactivo para huellas dactilares que se usa frecuentemente sobre soportes claros-. El número once estaba dibujado con pintura y el uno de la decena caía, desde

arriba, sobre el uno de la unidad formando una casi L o V. El joven gritó a sus compañeros:

- ¡Aquí hay algo!

Sonreía mostrando, a los otros policías, un fragmento de huella papilar. Estos levantaron simultáneamente los hombros en esa peculiar actitud del que no entiende. El joven siguió:

- Por tamaño y posición parece un meñique izquierdo. El asesino es zurdo.

-¿Lo descartaste con la vieja? -Preguntó el que hacía de jefe.

- Sí.

Aquello era una pista...Pista, en policía profesional, va desde un insecto hasta la estrella de Aldebarán, depende del entomólogo o astrónomo que toque el arpa de la Criminalística...

Una gallina, con pata de palo, latitas y alambre, daba vueltas entre las "autoridades". Era coja de la pata derecha, para notar lo había que fijarse con alguna atención: "la pata" tenía "dedos" y, en cierto modo, "articulaba". El mismo niño cruzó con rapidez por el medio de las piernas policiales y asiendo a la gallina con la mano izquierda regresó a su escondite-árbol para dejarla junto a los gatos que seguían jugando a mordiscones y manotazos.

La misma voz del "Yaaa" gritaba atronadoramente:

-¿Qué ha pasado aquí, ah?

Era, en verdad, una vieja súplica envuelta en la aspereza de la función policial malamente empaquetada. Había que entenderlo. ¿Cómo? Él cumplía su papel, su rol, de la única manera que sabía, para eso la sociedad-estado le pagaba, por planillas de miseria institucional, un sueldo mensual; pero, le gustaba su oficio: "autoridad respetable" a la que jamás le cobraban, en los bares de su "jurisdicción", el alcohol que consumía...

Repitió su casi estribillo alzando aún más la cascada voz de su seca garganta:

-¡Ya, digan lo que ha pasado!

Se dirigía a un viejo zapatero español, medio sordo, que jugaba con una lezna y a las mujeres. No pudo dejar de ser oído por niños y animales...

Un remolino de ruidos, faldas apresuradas, carreras, giros, insultos, gritos, ladridos, cacareos y llantos infantiles fueron parte de la respuesta; la otra parte: puertas estrepitosamente cerradas.

Ese conventillo había sido convento. Suele ocurrir que cuando un pueblo crece la religión decrece. Sin embargo, esas voces que guardan un parecido formal en las siete primeras letras, también lo guardan en lo esencial: reúnen.

En el gran patio común se levantaba un coligüe central altísimo con cuerdas que lo cruzaban aún más que a la rosa de los vientos. Era el palo mayor de la miseria, del comadreo, de la esperanza, de la lucha

diaria por subsistir...muriendo. Servía para tender, al viento y al sol, enaguas y calzones de abigarrados colores "seleccionados" por los árabes de las cercanas paqueterías de Vivaceta y por los bajos precios. En las ropas íntimas de los hombres y mujeres predominaba el rosado de los payasos. Mangas de blusas y piernas de calzoncillos, hinchados por el viento, luchaban contra "los perros" de madera que las sujetaban a los alambres o cuerdas. Calcetines de lana e hilo, con remiendos de arco iris, se agitaban y hasta el chaleco azul y dominguero del zapatero, que tenía ocho botones de hueso, quería volar. Era mucho el viento mañanero y septembrino. Con su "velamen" completo el coligüe parecía un solitario y viejo barco rumbo al desastre...por mala estibación. Era visible desde calle Colón y desde la misma Vivaceta por los "tripulantes" que podían, desde lejos, reconocer en sus prendas el esfuerzo de sus mujeres para evitar el "naufragio".

Una llave de agua, también común, estaba montada sobre una vieja cisterna en desuso que servía de guarida a los ratones.

Once casas-piezas distribuidas en semi-círculo; una vieja parra trepando por la pared de la pieza nueve, un tanto arqueada por los años, con los nudos pelados, formando una especie de araña verde y agónica, lo conformaban en lo físico. Muchos perros, un loro y gallinas metidas en pequeños cajones azucareros con rejillas de alambres, casi completaban su interior...Cerca de la pieza once tablas quemadas y amontonadas debajo de un "ojo de buey" casi ciego, de vidrio quebrado, que hacía de ventana para dejar colarse la luz natural, para respirar el mínimo, para mejor guiarse en la oscuridad de siempre.

A las diez de la mañana de un día lunes no son muchos los hombres que puedan verse por Vivaceta abajo: trabajo o borracheras. La misma ausencia de hombre se notaba en el conventillo, exceptuando al viejo zapatero. La palabras del policía también produjeron la ausencia de mujeres en el patio que estaba sirviendo de tribuna al miedo.

Una falda negra y larga cruzó furtivamente el patio, pero ...fue vista. Hay un viejo oficio que debe ser exhibido. La voz la alcanzó cerca del pozo seco, a dos o tres pasos de la llave del agua:

- ¡Usted, señora, diga lo que sepa!

- No sé nada, señor. ¡Nada!

Estaba más que asustada: paralizada.

¿Quién puede saber cómo va a reaccionar un policía gritón y burlado? ¿Cómo se cambian las imágenes que el paso del tiempo y la amarga experiencia han endurecido?

Desde allí, de la visualizada patentización del terror de los débiles, se levanta la voz autoritaria. Es un viejo proceso fisiológico aún no superado. Probablemente, como todo fenómeno convivencial, las raíces son genéticas, desarrolladas y regadas por el miedo-llanto, expresión casi única de la infancia impotente ante los hostiles adultos de la fuerza, del desquite y de la incultura, ajenos a toda comprensión de lo que vaya un poco más allá de la instintiva subsistencia. El hombre-ley siempre ha sido así. Es un camino fácil de seguir: sentirse

"importante" por llegar a "generar" -así lo cree- el temor; ser el continuador - así es- y mantenedor del espanto ancestral...

Era un: "¡No sé nada, señor" ¡Nada! "angustioso, de entrañas retorcidas, doloroso. Fraseo de la emergencia, carátula de la norma lenguaje. Bien pudo ser su frase traducida por: "Soy madre de un solo niño. Mi marido no está. No sé defenderme de un hombre-policía. ¡Váyase!.

- No mienta, señora. Ustedes lo saben todo y lo ocultan porque son cómplices. Hablarán aunque tenga que llevármelos a todos...

Uno de los perros ladró y el muchacho de los gatos y de la gallina coja lo hizo callar. Otros perros también ladraron.

Hacia él se dirigió el policía:

- Tú debes saberlo. Hace rato que te veo manejando animales. Pareces un...amaestrador. ¡Dímelo todo. Habla, chiquillo de moledera!

El niño trató de huir, pero un brazo rápido, largo y firme, lo tomó del cuello. La mujer se acercó: había cambiado su temor por el coraje en muy pocos segundos y se la veía resuelta, roja, fuera de sí. Gritó:

- ¡Suéltelo! Es muy chico para que lo trate así. Él nada sabe. Alguien, muy iluso, llamó por teléfono a la policía comunicando este asunto. Sólo por eso están ustedes aquí...

Era la madre del chico que había salido a buscarlo.

- ¡Ah! Así que usted sabe que nos llamaron. ¿Cómo lo supo?

La mujer dudó. Mostró en su rostro, prematuramente envejecido, la atroz lucha interior que sostenía. Miró a su hijo que ya estaba tranquilo y luego al policía: hacía un balance situacional, un delicado y peligroso cálculo. Su voz salió arrastrada, forzada por las circunstancias:

- Mi marido llamó.

Conversar con un policía que pesquisa es meterse en un laberinto lleno de acechanzas y reptiles; cada palabra es una cobra, toda actitud una cascabel.- Todo es quebradizo, falso, engañoso.

- ¿Dónde está él?

- En su trabajo.

- ¿Cuándo vuelve?

- A fin de mes. Trabaja en el sur, Rancagua. Es minero.

- Así que la deja solita durante muchos días, semanas...

- Así es, señor. Él sabe como soy.

- Yo recién lo estoy sabiendo, viendo. Ah, pero esto es un crimen y yo debo aclararlo. ¿Qué más sabe?

- Nada más, señor.

Intentó irse pero no le fue posible, otro policía le cortó el paso:

- Mi jefe señora, no ha terminado con usted ni mucho menos. Es la policía la que ordena y la que sabe cuándo se termina un "interrogatorio".

- Así no más es, señora -agregó "el jefe"- Todavía tenemos mucho que conversar y es mejor que lo hagamos en su pieza.

El niño se agarró a la falda de su delgada madre. Lo había herido la voz "crimen" y ciertas miradas y gestos del "jefe". El perro, los dos gatos y la gallina coja cerraban la marcha.

"El jefe" tomó asiento en una silla de mimbre. Carraspeó, tosió, volvió a carraspear, se rascó una pierna, encendió un cigarrillo, miró hacia los escasos "muebles" del miserable cuarto y dijo:

Cuéntemelo aquí. No deseo llevarla al cuartel. Claro es que, si me obliga y contra todo mi gusto, por supuesto...

- Yo lavo, señor. Así ayudo a mi marido. La vida es muy dura para mí: paso junto a la artesa todo el día y en la noche plancho.

- ¿Nada más que eso?

- No puedo saber lo que ha ocurrido en otra casa. No soy intrusa.

- ¿Quién era la muerta?

- La conocíamos por Mercedes. Vivía sola. Era costurera y tenía mal genio. No sé más. No me meto con la gente.

- Hace mal, hay hombres interesantes. ¿Era la finada una vieja caliente o era como usted se está pintando a sí misma?

- Señor, no sé qué decirle. ¡Váyase, se lo ruego! Mi niño...

- Eso es, señora, su niño. Vamos a ver. ¿Qué sabes tú, muchacho?

Es inútil. La posición de los roles humanos se juega sólo desde el instinto y cada uno va a lo suyo o a lo que cree suyo...

- Este muchacho va al colegio y ha sido criado de otra manera. ¿Qué puede saber?

- ¿Cuál es tu nombre?

- Óscar, Óscar Benítez Canales.

- ¿Qué sabes de todo esto, Óscar?

El niño miró a su madre. La miró abiertamente mientras acariciaba a su perro. Estaba pidiendo autorización para hablar. Quería terminar con esa pesadilla, con el oprobio, con los intrusos. No le entendía bien, pero algo estaba hediendo en su propia casa.

Doña Rosa se acercó a Óscar y lo besó.

Los auténticos lazos familiares siempre están más allá de las palabras: son actitudes y gestos que suelen resultar incomprensibles para los extraños. Valores de otro tipo: ternura, respeto, canales formativos del valor y del honor, con mucho de orgullo si la crianza ha sido excepcional.

-Está bien, Óscar. Ojalá que tus palabras no nos metan en un lío mayor.

- Señor, la vieja Mercedes tenía un sobrino, un tal Domingo. Hoy lo vi salir temprano. Se despidió con un "Adiós, tía" y cerró la puerta con llave.

- ¿Qué edad tiene el tal Domingo? - Los ojos del jefe mostraban asombro y alegría.

- No sé. Me parece joven. Estaba borracho. Lo he visto otras veces aquí y por el barrio, cerca de los pasajes de San Luis y de Sevilla...

- ¿Qué más, muchacho?

- Mi madre me había dado, como todos los días, el desayuno antes de las ocho. Mi gallina se había subido a los escombros que hay arrimados a la pared de la pieza once. Con esas maderas mi padre y yo estamos haciendo un velero. Usamos...

- Al caso, muchacho.

- Para bajar a mi gallina empecé a tirarle piedras con mi honda ¡Con ésta! Pero no a pegarle. Uno de los peñascos dio en el vidrio. Me asusté y me escondí. La gallina bajó de un vuelo corto. Doña Mercedes no salió, como siempre, a refunfuñarme. Me llamó la atención y subí los maderos quemados para mirar hacia... Estaba tendida en su catre de hierro. No se movía.

- ¿Qué edad tienes, chico?

- Once.

- ¿Cursas?

- Sexto.

- Pareces muy vivo y tienes las mismas bellas facciones de tu madre. El experto en huellas encontró la marca de un dedo. Si tú fueras con nosotros a mostrarnos a Domingo, nos harías un gran favor.

- No, señor. Eso sería feo. Ya lo he ayudado bastante, ¿no le parece?

- Sí. Eres arisco como tu madre. Gracias.

Afuera el gentío era superior al de siempre: hasta el zapatero había abandonado su banca. Cuando los vieron salir... sin detenidos, todos respiraron y se reinstalaron junto a la llave del agua a enjuagar y a cargar el coligüe. Habían perdido gran parte del miedo, volvían a ser...humanos normales. Rosa y Óscar no quisieron meterse en la insubstancial pero necesaria charla. "Capitán", el perro de Óscar, no lo entendió así y se paseaba insolentemente, naturalmente, por el medio de policías y comadres, por entre los otros niños y perros. Todavía ladraba.

- Pueda ser que tu padre no se enoje con tu historia.

- No, mamá. Él también ayudó llamando a la policía. Tengo una duda ¿qué es crimen?

- No sé.

- Iré a preguntárselo al experto, lo oí hablar de huellas y lo hace bien.

El hombre seguía mirando objetos en el cuarto número once cuando Óscar irrumpió violentamente:

- ¿Por qué es crimen, señor?

El policía lo miró con atención profesional: pelo negro, sucio, enmarañado y crespo: rostro de bellísimas facciones, fino, terso, limpio y sano. Piernas firmes y musculosas; pecho amplio. Los ojillos inquietos, curiosos, de un pardo claro con mucho de verde que, cuando enfrentaron la acuciosa mirada del técnico policial, se mostraron altivos y resueltos.

El técnico sonrió. La respuesta fue:

-Hay una doble asfixia: obstrucción de las vías aéreas por agentes extraños y se ejerció presión sobre el abdomen. Además le dieron una puñalada en el corazón.

Siguió sonriendo y preguntó a su vez:

- ¿Entendiste?

El muchacho miraba hacia el suelo, se había aquietado, convertido en milagrosa estatua llena de vida controlada.

El experto repitió la pregunta. El muchacho seguía ensimismado.

- Sí, -dijo al cabo de un rato largo-. El sobrino no quería que la vieja gritara porque podían oírla. Tampoco quería que la vieran, por eso cerró la puerta con llave. El tal Domingo no es ningún idiota. Lo que no entiendo es ¿por qué es crimen?

Deslumbrado el técnico se puso serio y dijo:

-Crimen es un acto feo que tiene, como castigo, una pena mayor. Por extensión se les llama crímenes a los delitos graves. Delito es lo que está penado por la ley. Tú puedes entenderlo, muchacho. Por ejemplo: está prohibido matar y el tal Domingo mató. Eso es crimen. ¿Quién es Domingo?

- Ya se lo dije: el sobrino de la vieja Mercedes. No entendí muy bien, señor, lo que usted dijo: ¿quién prohíbe?

- ¿Quién es el código?

- Un libro.

- Pero...un libro no puede condenar, castigar...

- Sí, puede. La ley está escrita.

- ¿Desde cuándo?

- Desde hace muchos años, más de cien; tal vez unos ocho mil años.

- Pero... este es un crimen reciente, de ahora.

- Lo sé, muchacho. Así son las cosas.

- ¿Es usted parte de ese código?

- En cierto modo, sí. Soy delegado del juez. Juez es el que aplica la ley, el que la conoce.

- ¿Dónde está el juez?

- En el juzgado, una especie de casa del juez donde se acumulan...papeles escritos.

- Gracias. Todo me parece muy difícil. El código no sabe dónde está el hombre que hizo esto con la vieja Mercedes, el juez tampoco y parece que usted y sus compañeros están en las mismas. ¿Cierto?

- Sí, así es; por eso pesquisamos. Lo que sepamos algunas cosas iremos a...

- ¿Y si un niño sabe dónde está ese hombre, qué es el niño?

- Un niño inteligente, útil, pero niño al fin y al cabo y como tal no debe meterse en esto...

- Entonces ...¿no sirvo para nada?

- Sí, sirves y mucho. Podrías, por ejemplo, mostrarnos desde lejos y muy disimuladamente al hombre. Tú eres un buen niño y no debes correr riesgos.

- No, señor. Lo dejaré para mí solo. Es "mi crimen" ya que yo lo descubrí: vi a la vieja en el catre, por eso supe qué decía usted con sus difíciles palabras, le vi la boca amordazada. Se lo dije a mi padre y él llamó a la policía. Yo vi a Domingo cuando se iba. Iré a buscarlo. Espéreme aquí, no se mueva de este cuarto.

- Bien. Esperaré. ¡Cuídate!

El experto sonrió y siguió revelando huellas.

Óscar salió a la calle a gran velocidad y en una dirección: los bares que circundaban los pasajes San Luis y Sevilla. No demoró mucho en recorrerlos. Sí, allí estaba "El sobrinito", un poco más ebrio, casi por dormirse. Óscar se acercó y le gritó al oído:

- La policía fue al conventillo de Colón y sabe que tú eres el autor del crimen de la vieja.

El hombre se sacudió violentamente como tratando de espantar su borrachera y estiró una mano hacia el niño, pero éste ya estaba en la calle, esperándolo y dispuesto a correr lo que fuere necesario. Domingo lo seguía a largos, lentos y tambaleantes pasos. Perdía el equilibrio y caía una y otra vez. Oscar lo esperaba. Así siguieron, durante algunas cuadras, la desigual carrera por un barrio que no se extrañaba de tales escenas: "Padre borracho y el hijo arrancando de una paliza" era la imagen común, colectivizada.

El muchacho, poco a poco, lo fue llevando a Colón. Cerca del conventillo acortó la distancia para envalentonar un poco más a su magullado y cansado perseguidor de muerte. Una garra lo atrapó del hombro y lo dio vuelta. Con alcohol, babas y rabia la frase salió sucia:

- ¡También te mataré!

Se le vino encima una montaña de kilos de mal olor.

- "Quizás me acerqué demasiado" -pensó el muchacho.

Logró zafarse con una rápida vuelta de medio trompo y siguió corriendo despacio. Suspiró. Con la pequeña manga azul de su

chomba se limpió la transpiración del miedo. El borracho, extenuado casi por completo, amenazaba caerse: lo esperó. Domingo volvió a correr, Oscar vio que ahora traía, en las manos, un largo y brillante cuchillo. Óscar trató de no asustarse, de estabilizar sus emociones usando su cerebro en ese juego mortal. Controló exactamente su velocidad y la del ebrio asesino que disminuía cada vez más. Pensaba en su madre y en ese policía-jefe que le era tan desagradable. Le dolía el cuello de tanto correr mirando hacia atrás y cambió la torsión. Pensó en el experto policial que siempre sonreía, de voz grata y clara que lo estaba esperando. Casi un amigo que explicaba cosas con paciencia. Próximo a la entrada del conventillo Domingo trastabilló una vez más. Óscar se detuvo preocupado: tenía que cumplir su palabra y el borracho podía fallarle. Se puso a cuatro dedos cortos de la mano armada, enorme y peligrosa. El corte de la hoja le pasó muy cerca de la cabeza, llegó a sentir el paso y el ruido del viento. Domingo se "bebió" todo el aire del lugar con sus anchos pulmones y a boca abierta: se ahogaba. Tampoco cayó al errar el golpe y siguió tras el muchacho casi arrastrándose. Óscar sabía que había "cebado" por última vez a su "detenido".

En todo caso de persecución, el objetivo en fuga produce una obsesión que impide ver laterales o pensar. Domingo, criminal reciente y ebrio, había entrado en un irreversible mecanismo de neblina mental donde sólo brilla la presa: se ordenó matar y trataba de hacerlo. Ni siquiera podía medir sus propias fuerzas. La angustia y la idea fija lo habían trastornado.

Entraron casi corriendo al patio común. Óscar se metió directamente en la pieza once. Ni siquiera miró hacia la suya ni vio a sus animales. Llevaba como principal motor el dolor y preocupación de su madre y la imagen del experto. En su mundo los hombres no mentían ni ofendían, así, al menos, lo sabía por su padre. El experto no estaba esperándolo, su esfuerzo había sido inútil. En el umbral se alzó la enorme figura del asesino...

- ¡No!

No pudo terminar la frase: estaba acorralado. Ambos jadeaban.

Óscar sintió la llegada del temor, un temor inmenso, desconocido, auténtico: temor de niño al que le habían fallado sus planes por un hombre, un hombre que hablaba bien, que sonreía con dulzura y en el que había empezado a creer.

El miedo líquido le bañaba la espalda, el cuello, piernas y manos.

El asesino cerró la puerta. Afuera, "Capitán" ladraba enloquecido y sus débiles ladridos se hacían oír a pesar de los gritos de las asustadas viejas y de los llantos de los niños. Su madre, encerrada en su pieza, no podía enterarse del riesgo que estaba corriendo...

Había evitado tres cortes tirados por el ebrio: aprovechaba muy bien la máquina de coser de doña Mercedes, el catre de hierro y la única silla...agachándose, poniendo distancia entre ese filo amenazador y su cuerpo húmedo y tiritón. No podía ganar la puerta, esa puerta que tanto significaba para él porque Domingo siempre la cubría. La fiera se

le fue encima una vez más y apenas si pudo esquivar el tajo al resbalar ambos en la sangre de la muerta que, por sucesivas pisadas de los combatientes, se había vuelto a licuar. El quite no había sido total: la fina hoja de acero le había rebanado un hombro en la caída y se había golpeado un codo y una pierna en la máquina de coser. Domingo se quedó un breve lapso en el suelo de ladrillos, empapándose en dos sangres: la de "su tía", más o menos coagulada y en la reciente y tibia del niño. Roja jalea le cubría el pómulo derecho cuando alzó la cabeza en busca de su víctima a la que suponía muerta, pero ésta había desaparecido, había logrado atravesar la venturosa puerta.

- ¿Dónde está? ¿Dónde está? -gritaban los policías que habían reaparecido en el conventillo al ser llamados por el zapatero.

- ¡Ah muchacho, mi amigo! ¿Qué has hecho ahora?- preguntó el siempre sonriente técnico policial.

- ¡Traerlo! Eso fue lo que le dije a usted que haría. Ya no somos amigos.

- ¿Estás herido?

- No es nada. No se preocupe, me cuidarán los míos, los que nunca mienten.

Los otros detectives entraron al cuarto con los revólveres en las manos: Domingo Berindoague dormía sobre una alfombra roja, tibia y fría...

“Adiós, Tía” pertenece al libro *Taxi...para el insomnio*, de René Vergara, Editorial Francisco de Aguirre, Bs. As., 1971.



René Vergara (1918 - 1981) fue un escritor, oficial de policía y profesor universitario chileno.

Autor de siete libros publicados, sus relatos policiales fueron muy popular durante la década de 1960.

Fuera del mundo de las letras, fue inspector de la Real Policía Inglesa, trabajó puntualmente para la OEA investigando crímenes en Bolivia, Venezuela y República Dominicana. En su país, Chile, ostentó el mayor cargo jerárquico de la policía, además de ser el responsable de la creación de la Brigada de Homicidios, a la cual dirigió durante diez años. Fue becado por el FBI.

En el ámbito de investigación y formación, fue profesor universitario de criminalística tanto en su país como en el extranjero. Escribió ensayos, traducidos al inglés y al francés por la Interpol sobre Juan Vucetich, Edmond Locard y Harry Soderman, todos especialistas de su campo. En Venezuela creó la revista de la policía científica.

Obras

El pasajero de la muerte (1969).

La otra cara del crimen (1970).

¡Qué sombra más larga tiene ese gato...! (1971).

Taxi...para el insomnio (Buenos Aires, 1971).

Un soldado para Lucifer (1973).

La pluma del ángel, y, otros relatos (1974).

De las memorias del inspector Cortés (1976).

¿Quién soy? (1979).

En: Wikipedia

http://es.wikipedia.org/wiki/Ren%C3%A9_Vergara

EL LEGENDARIO POLICÍA-ESCRITOR RENÉ VERGARA, CRONISTA DE LOS CRÍMENES

Por Criss Salazar

Ha sido ingrata la memoria cultural chilena con René Manuel Vergara Vergara. Y ha sido ingrata, particularmente, la memoria de Santiago, que le debe a este sagaz policía y escritor el recuerdo detallado de algunos de los más famosos crímenes capitalinos del siglo XX, mismos que hoy en día, algunos se avocan a intentar redescubrir desempolvando precisamente a fuentes como la representada por este autor.

Según el Diccionario Biográfico de Chile (Duodécima Edición, 1962-1964, Empresa Periodística de Chile), nació el 18 de marzo de 1916 cuando el mundo se hallaba sacudido por los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial. Y cuenta el periodista Pablo Marín en la revista "Qué Pasa", que su padre Manuel se separó de la familia seis años después, por lo que el niño René debió acostumbrarse a su ausencia mientras vivía en barrios antiguos como el de la Vega Central y el Barrio Matadero, acompañado sólo de su madre, doña Rosa. Así, pudo conocer de cerca el hampa callejera y hasta hacerse cierto prestigio entre ellos, pues aprendió a boxear a los diez años y logró derrotar varios adversarios en peleas clandestinas, ganando algunas propinas.

A pesar del ambiente haciendo amistad con delincuentes y codeándose con individuos de mala vida, desde joven mostró

inclinación hacia las disciplinas policiales, convirtiéndolas en su carrera. Estudió en el Liceo de Antofagasta y, a los 15 años, tras rendir tempranamente el Bachillerato, salió a hacer su propia odisea por el Sur del país. Debió retornar a Santiago, sin embargo, porque en 1937 entró a la policía civil, desempeñándose como Detective Tercero de la Dirección de Investigaciones, pero al año siguiente se sintió impulsado a la aventura otra vez, desplazándose hasta la Argentina.

En las tierras del Plata, Vergara pasó por varios oficios: boxeador, escritor de tangos y también asistente de edición de la revista “Leoplán”. Allí comenzó a integrarse al área editorial y escribió algunas historias policiales inspiradas en sus experiencias como detective. Su primera narración, a los 22 años, fue “La Bailarina de los Pies Desnudos”, donde retrata ante los lectores argentinos parte de los barrios centrales de la capital chilena:

“La avenida Independencia mantiene aún sus tranvías amarillos: esos bulliciosos y saltarines vehículos que se detienen en todas las esquinas como para cerciorarse de si van o no por buen camino, y mantiene todavía sus tres cines”.

Como gran lector de Agatha Christie, Vergara firmaba sus primeras obras con el seudónimo de *Hercules Poirot*, uno de los más famosos personajes de la novela de la escritora. Según Sylvia Vergara, que hace las veces de biógrafo en uno de sus libros póstumos, René

Vergara era crítico de este ficticio detective belga, no obstante usar su nombre. Opinaba que Poirot no sabía criminología y para ello recordaba que en la página 41 de "El crimen del Campo de Golf", él asegura que los métodos de identificación eran tan conocidos que *"hasta en Santiago de Chile, saben que existe Bertillón, un francés del siglo XIX"*. Por esto, Vergara, escribió una carta doña Agatha advirtiéndole que Alphonse Bertillón sólo fue el creador del llamado *"bertillonaje"* o antropometría de individualización basada en la medición anatómica de reincidentes. Agregaba que aquello que Poirot le atribuía al francés en la novela, eran en realidad estudios posteriores de Vucetich, Galton, Henry, Fauld, Purkinse y Hershell, entre otros, sobre la identificación propiamente dicha.

Así, pues, mezclando sus vastos conocimientos con su productiva imaginación, la breve experiencia que acumulaba hasta entonces habiendo trabajado de detective en la capital fue suficiente para hacer una fértil producción narrativa durante su primera época de cuentista, dejando atrás el pseudónimo y comenzando a escribir con su nombre.

Al volver a Chile, se reintegra al cuerpo de Investigaciones de Chile, asumiendo en 1944 un puesto de profesor en la recientemente creada Escuela Técnica, pues venía impregnado de conocimientos novedosos de la criminalística en el Plata, como los métodos establecidos por el ciudadano croata-argentino Juan Vucetich, bases del estudio de individualización por las huellas digitales. Ese mismo año hará de Relator del Consejo Panamericano de Policía efectuado en Santiago de Chile. En 1946 es ascendido a Detective Primero.

La investigación realizada por Vergara sobre el espeluznante caso del “Trucho” Caldera de San Felipe, en 1947, le consagraría entre sus pares como uno de los más exitosos sabuesos que se recuerden entre los chilenos. En una ocasión en que el escritor Enrique Lafourcade conoció a Vergara cuando participaban en una feria literaria, uno junto al otro, éste le habría confesado que:

“Tucho era el asesino y no podía avanzar mientras no tuviera la confesión, así que le metía la cabeza en el agua y lo sacaba cuando calculaba que se estaba ahogando. Parece que a la tercera vez, soltó la pepa”.

Parte de la formación dura y fría de la infancia de Vergara parecía seguir conviviendo, entonces, en el policía e intelectual en que habíase convertido ahora.

Ese mismo año viajó a Estados Unidos invitado por el Federal Bureau of Investigation. Valiéndose del crédito alcanzado por su investigación en el caso del “Trucho” y de esta nueva experiencia en el extranjero, Vergara inicia con celeridad gestiones para erigir la primera unidad especializada dentro de la policía civil, y así se funda formalmente el 22 de febrero de 1949 la Brigada de Homicidios, en cuya dirección participaría por cerca de 10 años, teniendo asumida la jefatura ya desde el año anterior. También daría clases de criminalística y legislación en las Escuelas de Periodismo y de Derecho de la Universidad de Chile.



Coincidió que, en 1950, el periodista y analista José María Navasal publicó una selección de relatos criminalísticos bajo la casa de Editorial Zig-Zag, titulada *Los mejores cuentos policiales de todos los tiempos*, donde incluyó “La Bailarina de los Pies Desnudos”, elogiando a Vergara con las siguientes palabras:

“Los países latinos no han producido grandes escritores del género policial. En

Chile, hace años, don Alberto Edwards escribió algunos relatos de este tipo, que aparecieron en El Mercurio. Después, Omer Emeth también tentó el relato policial. Pero ambos lo abandonaron en busca de otros campos de expresión. Actualmente, hay entre nosotros dos escritores policiales. Uno es Camilo Pérez de Arce, que escribe con el seudónimo de James Edhardt, y que, desgraciadamente, no ha publicado nunca un cuento y el otro es René Vergara, que durante mucho tiempo firmó como Hércules Poirot, pero que últimamente se ha decidido a utilizar su propio nombre”.

“Era natural la reticencia de Vergara. Él es un caso extraordinario en la literatura policial: el autor que escribe sobre su propio oficio. René Vergara es Inspector de Investigaciones, profesor de la Escuela Técnica de ese servicio, durante mucho tiempo funcionario del Laboratorio de Criminología y actualmente es Segundo Jefe de la Brigada de Homicidios. En la vida real ha resuelto

casos famosos, como los de Trucho Caldera, el chófer Arenas y muchos otros. Gran admirador de Cornell Woolrich, se ha dejado influir algo por él en La Bailarina de los Pies Desnudos, que no representa, en nuestra opinión, una etapa definitiva en su carrera”.

“Vergara debe llegar mucho más allá”.

El libro de Navasal tuvo gran acogida y, antes de terminado el año siguiente, ya completaba exitosamente tres amplias ediciones de la Editorial Zig-Zag.

Al conocer la obra de Vergara, el periodista francés Raymond Cartier, director y propietario del "Paris Match", dijo del chileno: *"Debe ser uno de los mejores policías del mundo"*. La opinión sigue siendo compartida hasta hoy entre sus compatriotas, y no sólo por su astucia, cientifismo y prolijidad, pues había algo también en su actuar policial y literario que parecía especialmente novedoso: su enfoque modernista, enfrentado a las causas sociales del crimen y no sólo al resultado final consistente en el crimen mismo.

Gozando ya de popularidad en su patria natal, Vergara debe salir a compartir y a ampliar sus talentos al extranjero. Viaja a Inglaterra en 1952, haciéndose alumno del curso de inspectores del destacado de Scotland Yard de Londres. Al regresar a Santiago, es ascendido en 1953 a Subprefecto de Investigaciones.

Pero, en 1957, abandona el cuerpo de Investigaciones de Chile, declarando habersele ofrecido participar de un plan de corrupción del Gobierno de Ibáñez del Campo. Ese año, la Universidad Católica de

Chile lo nombra profesor en el ramo de criminalística de la Escuela de Periodismo.

En tanto, contraería matrimonio con doña Sara Meersohn, con la que tendría cuatro hijos. Retirado ya, en 1959 la OEA le había solicitado su asistencia para el caso del asesinato del político nacionalista Unzaga de la Vega, ocurrido en Bolivia. Después, en 1960, se establece en Venezuela contratado como asesor del Ministerio de Justicia. Será requerido por el segundo gobierno de Rómulo Betancourt Bello como profesor de criminalística y criminología en el Instituto de Policía Judicial y en la Escuela de Derecho de Caracas. No abandonará las letras, sin embargo, comenzando a escribir ahora como el “Inspector Cortés”, para Marín el alter ego del autor.

A poco de estar allá, sin embargo, Betancourt es objeto de un atentado explosivo contra su vida, el 24 de junio. El Buena parte de la investigación queda confiada a Vergara, quien presenta su informe a los pocos meses demostrándose la participación del tirano Rafael Leónidas Trujillo, dictador de la República Dominicana, detrás de los hechos. El informe fue elevado a la OEA, desatando la molestia internacional contra Trujillo, producto de lo cual su gobierno entró en crisis y terminó siendo acibillado en marzo del año siguiente. Vergara hizo su parte en la historia de América Latina y el Caribe, entonces.

La investigación de 1960 fue su último acto antes de retirarse de las actividades policiales y volcarse a rememorar sus experiencias como sabueso, viviendo en Av. Francia de Santiago pero alternando con sus últimos trabajos para el Ministerio de Justicia, viajando a Caracas.

Hasta 1964 ha publicado obras como “Pesquisa del Pensamiento” y “Territorio del Ensueño”.

Desde ahora, escribirá relatos como "El Pasajero de la Muerte", publicado por Editorial Teele, Abumohor Impresores, en 1969. Allí describe sus recuerdos como encargado de la investigación del ya citado caso “Trucho” Caldera, correspondiente a un diabólico crimen ocurrido en San Felipe, en 1947, y que causó gran sensación en esos días.

En 1970, publica "La Otra cara del Crimen: el caso de Alicia Bon", por la casa editorial Francisco de Aguirre, en Buenos Aires y en Santiago de Chile. Aquí hace caudal de uno de los casos más famosos y connotados del Santiago de la época, ocurrido en junio de 1944, pero cuya conmoción pública perduró por varios años, o acaso décadas. Así describe Vergara a la capital, allí, sin desprenderse de su visión de policía avezado y casi de sociólogo, sensibilizado por la “cuestión social”:

“El centro antiguo, el centro clásico, obligaba a la gente, que no era mucha, a vivir bajo su dependencia: lugar de trabajo, de compra, de asiento de gobierno, de entretenciones. Los nuevos medios de transporte y de comunicación permitieron el alejamiento progresivo de gran parte de la población, en especial, de los grupos de mayores disponibilidades económicas –los de escasos recursos siempre han vivido, mayoritariamente, en las afueras de los centros poblados, en lo casi rural o rural”.

“Las zonas criminógenas de Santiago son precisamente el centro y sub centros. En ellos ocurre el conflicto social por las notables diferencias económicas existentes, diferencias que se abren en una serie de aspectos básicos: educación, alimentación, familia organizada y desorganizada, vestuario, vivienda, estados de salud, etc... Los grupos, en cierto modo, se diferencian cada día más y hasta aquí, ha sido inútil el esfuerzo de la llamada clase media, que también ha sucumbido como consecuencia de una política fría, indiferente, que no le permite cumplir con su natural función de igualar los grupos opuestos”.

Su saga literaria continúa con trabajos como "¡Qué Sombra más Larga tiene este Gato!", de 1970. Probablemente una de sus mejores obras, aparece en 1972: "Taxi para el Insomnio", donde incluye el caso denominado "La momia del cauce", sobre el siniestro asesinato del pintor Jorge Madge en Valparaíso, ocurrido en 1948; y también incluye el caso de "El Decapitado de Quillota", ocurrido ese mismo año.

Vendrán trabajos como "Un Soldado para Lucifer", en 1973, y al año siguiente "La Pluma del Ángel". Así, inspirado en crímenes reales y no en enigmas rebuscados, las narraciones de Vergara traen a la vista barrios bajos, sitios oscuros y poco refinados de la ciudad, recogidos de su experiencia como detective de la capital. Una frase suya era definir el delito como algo que "sigue y seguirá siendo un desconocido muy peligroso".

En 1976, publica en la Editorial Nascimento de la Santiago, la obra "De las memorias del Inspector Cortés", donde resucita y

documenta los detalles de famosos casos chilenos como el llamado “Crimen de las Cajitas de Agua”, de 1923, que fuera uno de los más espeluznantes de la historia policial de Santiago por muchos años. Pero también vuelve a sus experiencias como detective, al abordar en el mismo libro el caso del asesinato del sastre Schneider, ocurrido en enero de 1953 en un local de calle San Diego, y el caso del “Monstruo de Carrascal”, acontecido el Viernes Santo de 1954 con el crimen del niño Luis Vergara.

En 1978, publica "Más allá del Crimen", bajo el sello de la Editorial Nascimento, recuperando del olvido el alevoso asesinato del taxista Juan Arenas Garrido, el llamado “caso del chófer Arenas”, cuyo cuerpo apareciera en 1947 tras ser arrojado al canal Santa Rosa de Huechuraba, en estado de putrefacción y roído por ratas.

Entrevistado por “Qué Pasa”, el Premio Nacional de Periodismo Luis Sánchez Latorre declaraba sobre Vergara:

“Fue un escritor interesante, con una formación estilística cercana a la de la generación del '38, a gente como Óscar Castro y Nicomedes Guzmán”.

Lafourcade, por su parte, agrega:

"Debe haber sido el primer escritor que se ocupó seriamente del género policial en Chile".

Sobre esta fecunda obra, Sylvia Vergara escribe desde Caracas, años más tarde:

“A René Vergara todas las definiciones existentes le parecieron insuficientes. Para él, delito era una consecuencia, lo intuía ligado a herencia y medio, buceaba en cada suceso delictivo, involucrando individualidades, convivencias y circunstancias de cada sospechoso o acusado, acumulando fenómenos sociales dispares que no encuentran asidero en la ética”.

“El Poirot de Agatha Christie necesitó ríos de sangre y la casi completa aniquilación de la clase media inglesa para poder actuar. René Vergara se conformó con los crímenes corrientes en lo que el policía actuó como investigador, y el escritor rescató a sus personajes de un mundo conductual de laberintos y misterios”.

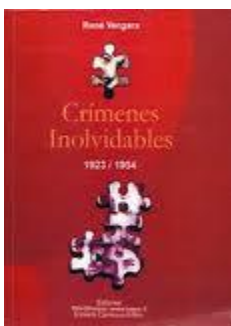
Vergara alcanzó a ver desde fuera la modernización de su institución de Investigaciones de Chile en 1980, por la que tanto colaboró hasta su lamentable salida, no bien aclarada pese a las denuncias que expresó como razones. Ese año, la policía civil fue ascendida, junto a Carabineros, el rango de “fuerza pública” con el reconocimiento constitucional de las Fuerzas Armadas de Orden y Seguridad Pública, integradas por estas dos ramas.

Por esos meses, el diario “La Tercera” preparaba la serie de reportajes titulados “Testimonio”, que iban a tener por estrella al mítico “Inspector Cortés”, pero debiendo salir publicada en forma póstuma. La serie competía con otra del diario “Las Últimas Noticias”, titulada “Sucesos”, con la misma orientación policial y criminalística, a veces de contenido documental bastante perturbador y sensacionalista para la época. A Vergara el director del diario le había ofrecido realizar

una investigación especial sobre el guión de la entonces popular teleserie de Canal 13 “La Madrastra”, para resolver “quién mató a Patricia”, el principal misterio de todo su argumento. El escritor inició esta indagación con entusiasmo, pero antes de cumplido el primer mes de trabajo, quedaría inconclusa.

Tras una brillante carrera que apenas aparece hoy retratada en los textos de la historia contemporánea de Chile, don René Vergara fallece el 24 de agosto de 1981. Murió rondando los 65 años, tan prematuros para la fecundidad de su trabajo narrativo, pero dejando al menos su leyenda de policía-escritor en el éter del conocimiento de las masas.

Afortunadamente, Sylvia Vergara y Ernesto Carmona han publicado



una selección de relatos del autor titulada “Crímenes Inolvidables (1923-1954)” por Editores Wordtheque (www.logoslibrary.eu), todos ellos fundados sobre casos horribles y de gran impacto social.

Tengo la fortuna de contar con la segunda edición, de septiembre 2000. Aparecen todos los relatos que hemos descrito aquí formando parte de los volúmenes de cada edición y les garantizo a los interesados en adquirir la obra, varios días de entretenimiento y de almuerzos atrasados, mientras exploran el escenario de un Santiago de mediado siglo y la sangre de sus pecados.

*

En: Urbatorium. Notas sobre historia urbana y cultural de la ciudad de Santiago de Chile.

<http://urbatorium.blogspot.com/2008/07/el-leyendario-polica-escriptor-ren.html>